

«EL PRÍNCIPE FELIZ»

DE OSCAR WILDE (adaptación)

Dominando toda la ciudad, sobre una columna elevada, se levantaba la estatua del Príncipe Feliz. Estaba enteramente cubierta con delgadas hojas de oro fino, tenía por ojos dos brillantes, y un gran rubí rojo resplandecía en el puño de su espada. Era, en verdad, una hermosa estatua.

Una noche voló sobre la ciudad una pequeña golondrina. Su bandada había partido hacia lugares más cálidos seis semanas antes, pero ella se había rezagado y ahora iba a emprender el largo viaje.

Buscando dónde pasar la noche, distinguió la estatua sobre su elevada columna y fue a posarse justamente entre los pies del Príncipe Feliz.

Se disponía ya a dormir cuando una gran gota de agua cayó sobre ella y, luego, otra y otra más.

—¡Qué cosa tan curiosa! —dijo—. No hay ni una sola nube en el cielo... y está lloviendo. Entonces miró hacia arriba y ¿qué fue lo que vio? Los ojos del Príncipe Feliz estaban llenos de lágrimas y lágrimas que corrían por sus doradas mejillas.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Soy el Príncipe Feliz.

—Si eres feliz, ¿por qué lloras?

—Cuando estaba vivo y tenía un corazón humano —contestó la estatua—, no sabía lo que eran las lágrimas, porque yo vivía en mi palacio. Durante el día jugaba con mis compañeros en el jardín, y por la noche dirigía el baile en el gran salón. Alrededor del jardín, había un muro muy elevado, pero nunca me preocupé de preguntar qué podía pasar más allá de las murallas. Todos me llamaban el Príncipe Feliz y verdaderamente lo era. Así viví y así morí y ahora, que estoy muerto, me han colocado aquí, tan alto, que puedo ver toda la fealdad y la miseria de mi ciudad y, aunque mi corazón es de plomo, no puedo menos que llorar.

Hizo una pausa y continuó:

—Allá lejos veo una mujer cosiendo, cuyo hijo está enfermo. Tiene fiebre y pide naranjas. Su madre no tiene para darle más que agua de río. ¿No querrías llevarle el rubí del puño de mi espada?

El Príncipe Feliz parecía tan desolado que a la golondrina le dio pena e hizo lo que le pedía.

Cuando volvió de su misión, pasó por la estatua para despedirse.

–Por favor, quédate conmigo una noche más –pidió él–. Allá lejos veo un joven que trata de escribir, pero tiene demasiado frío y hambre. ¿Quieres llevarle uno de los rubíes que tengo por ojos?

–Querido Príncipe –dijo la golondrina– no puedo hacer eso. Y comenzó a llorar–. Por favor, haz lo que te pido –dijo el Príncipe.

La golondrina tomó, entonces, el rubí y voló hacia la casucha del estudiante.

A la noche siguiente, la golondrina sintió el frío y dijo al Príncipe que emprendería su viaje. Pero él le rogó que se quedara todavía una noche, para llevar el otro rubí a una niña que lloraba en la calle porque no había podido conseguir ni un pedazo de pan para llevar a su familia.

La golondrina cumplió su deseo y al volver le dijo:

–Ahora estás ciego, así que me quedaré contigo para siempre.

Él le dijo que se fuera, antes de que comenzara a nevar, pero ella se negó a dejarlo. Pasó todo el día posada en el hombro del Príncipe Feliz para hacerle compañía. Por la noche, él le pidió que volara y le contara lo que veía. Voló, pues, sobre la gran ciudad y volvió a contarle lo que había visto: muchas personas, todas eran gente que sufría a causa de su pobreza.

–Estoy recubierto de oro fino –dijo el Príncipe– arráncalo, hoja a hoja, y llévalo a los más necesitados.

Hoja tras hoja, arrancó la golondrina el oro fino, hasta que el Príncipe Feliz quedó completamente opaco y gris. Hoja tras hoja lo fue llevando a los pobres, y los rostros de los niños se colorearon y rieron y jugaron en la calle.

Entretanto, el invierno se hacía cada vez más frío, y la golondrina sintió que moriría.

–Adiós, querido Príncipe –murmuró– Tengo que partir.

–Me alegro de que por fin emprendas tu viaje, golondrina –dijo el Príncipe–; has permanecido aquí demasiado tiempo. ¡Muchas gracias por ayudarme! ¡Te quiero!

La golondrina besó al Príncipe y cayó muerta a sus pies.

Entonces se oyó un crujido: el corazón de plomo del Príncipe se había partido en dos.

A la mañana siguiente, al ver lo deslucida que estaba la estatua, el Alcalde mandó quitarla y fundir el metal. Sin embargo, no lograron fundir el quebrado corazón de plomo, así que lo arrojaron a un montón de basura, junto con la golondrina muerta.

Fin